



Portada: **David Orell** —gracias por regalarme parte de tu tiempo libre—.

Hecha a partir de la plantilla "**Haunted Wall**", cortesía de **hyena reality / FreeDigitalPhotos.net**

RELATO AMPARADO POR EL REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELLECTUAL.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

El día en que va a morir, a la salida del trabajo, Luis hace un alto en el super que queda de camino a su casa para comprar un par de cosas. No son muchos los días que necesita un *par de cosas*. La mayoría es sólo cerveza, y por eso ha preferido apuntarlas en un papel que ahora extrae del bolsillo de la camisa. Cuántas cervezas compre el día anterior es algo carente de importancia; nunca son suficientes. Y al siguiente siempre tiene que volver para abastecerse. Por eso, últimamente no se permite más de dos paquetes de seis. Y, por la misma razón, a veces da un rodeo y las adquiere en otro sitio. No quiere que los del super piensen que es un *hombre de problemas con la bebida*, que es el eufemismo que utilizan ahora para referirse a los alcohólicos.

Mete una moneda en la ranura del último carrito de la fila, lo extrae de esta y se adentra en el establecimiento. Mientras recorre los diferentes pasillos, cogiendo lo que necesita de las estanterías, repara en el modo en que le tiemblan las manos. A medida que pasan las semanas, el temblor surge más temprano y eso le preocupa. Sabe que bebe demasiado, pero no puede evitarlo. Necesita hacerlo si quiere ser capaz de conciliar el sueño. Nunca antes había tenido problemas de insomnio. Desde que Carmen se marchó, las cosas se han complicado tanto que a veces le parece que debería dejar de seguir levantándose de la cama por las mañanas.

En cualquier caso, ese día, además de cerveza posa sobre la cinta transportadora un sobre de lonchas de queso, otro de jamón serrano, un bote de lavavajillas y un paquete de pan de molde, por lo que la escena le resulta menos embarazosa que de costumbre, como si la cerveza pudiera pasarle inadvertida a Marta (sabe su nombre por la tarjeta identificativa que lleva prendida a la solapa de la camisa). Por descontado, ella nunca ha mirado a Luis como a un alcohólico. Es posible que lo piense. No tiene forma de saberlo. Pero, sea como sea, se limita a pasar los productos por el escáner y a cantarle el importe, amén del saludo de rigor. Quizá sea una ilusión pero Luis cree que hoy las cervezas han pasado de ser el objeto estrella de su compra a convertirse en el mero complemento de una cena frugal, y eso le hace sentirse un poco menos miserable. Con aquella compra, da la impresión de ser un soltero maduro más que come cualquier cosa que no implique cocinar y luego friega el plato y el vaso antes de volver a sentarse ante el televisor a ver una

película mientras apura unas cuantas cervezas. Se le ocurre preguntarle qué tal anda la tarde, pero la expresión adusta de su rostro lo dice todo. De todas formas, tampoco es que le importe demasiado. En realidad, cree que es su inconsciente esforzándose por evitar que ella preste demasiada atención a su trabajo.

Tal vez lo sea.

Últimamente no es capaz de reconocerse. Es como si ya no fuera el mismo. Como si, después de la marcha de Carmen, Dios se hubiera permitido la licencia de entrar en su cerebro para mover unos cuantos cables de sitio y cambiar unas cuantas conexiones. Porque, ¿quién le habría dicho unos meses antes que las lágrimas acudirían a sus ojos con tanta facilidad cuando se encontraba a solas?

Marta emite un hondo suspiro cuando pasa el último productor por el escáner, le indica a Luis a cuánto asciende su compra y luego se examina las uñas de la mano derecha entretanto este saca la cartera y le tiende un billete de diez euros. Recoge el cambio, que Marta le entrega de modo que el ticket quede atrapado entre este y su palma, y termina de guardarlo todo en una bolsa. Para entonces, Marta ya lo ha abandonado por otro cliente y no responde a su despedida. Luis no le concede importancia. Ya apenas le importa nada. Es una sensación horrible, pero es lo que siente.

Da media vuelta y echa a andar hacia la salida.

Cuando la célula eléctrica lo detecta, las puertas correderas se hacen a los lados. Las franquea y sale a la calle.

Es casi primavera y, aunque los días siguen alargándose, a esa hora, las siete y media de la tarde, el azul del cielo comienza a tornarse mortecino y las sombras que se despliegan a los pies de los transeúntes se hacen más densas. Luis enfila el camino a casa, la cabeza gacha la mayor parte del tiempo. Es mejor así, actuando como si el resto del mundo no existiera. Como si hubieran sido barridos de la faz de La Tierra por algún virus mortal. Mucha gente en el barrio está enterada de lo sucedido con su matrimonio y no soporta las expresiones que conforman sus rostros cuando lo ven. Ha descubierto que la mayoría no suele preocuparse demasiado porque los consideren unos entrometidos mientras consigan

carnaza fresca. Luis está harto de las sonrisas de conmiseración que camuflan la felicidad por la obtención de un nuevo chismorreó.

A diferencia de sus compañeros de trabajo que, por suerte, de algún modo, son capaces de mantenerse al margen. Quizá se deba a que consiguen ver más allá de sus problemas y no consideran que aquello sea asunto suyo. En cualquier caso, gracias a ello, las horas que pasa en la fábrica son siempre las mejores del día. Las únicas en las que consigue olvidarse un poco de su soledad. Eso no quiere decir que tenga ganas de pasar parte de su tiempo libre con nadie. Porque es entonces —ha salido a tomar algo con varios de ellos en un par de ocasiones y comprobado que es así— cuando percibe la desdicha que envuelve su vida en toda su dimensión.

La desdicha es lo que debe sentir una planta cuando lleva un tiempo muriéndose en silencio sin que su dueño repare en ello al regarla. Cuando cualquier conato de esperanza queda sepultado... Y los documentos que yacen sobre la mesa del comedor, bajo una capa cada vez más gruesa de polvo, son su negligente jardinero particular.

Llega a su edificio, abre la puerta, entra. El ascensor está ocupado y decide subir por las escaleras. En el segundo piso se cruza con un vecino y lo saluda dándole las buenas *noches*. Tal vez sea por la bolsa de basura que porta, pero no piensa en ello. A decir verdad, no piensa en nada. Su mente está, en la medida de lo posible, vacía. En los últimos tiempos, abrir el tapón que la sella se ha convertido en un acto consciente de tortura e intenta mantenerlo cerrado todo el tiempo que le resulta posible. No es fácil, porque la presión interior es muy fuerte, pero hace lo que puede.

Una vez en casa, se dirige a la cocina, saca una lata de cerveza de uno de los paquetes de cartón y la abre tirando desesperadamente de la anilla. La apura de pie ante el fregadero, de dos largos tragos, y la arroja al atestado cubo de la basura. Rebota en los restos de la cena de la noche anterior y sale rodando por el suelo. Sin molestarse en recogerla, toma un segunda y repite la operación. Al meter el resto en la nevera se pregunta —como hace siempre— si serán suficientes. Todavía quedan muchas horas por delante antes de que logre conciliar el sueño. Quizá necesite bajar al *24 horas* de la esquina a por algunas más. Toma nota mental de

deshacerse de la basura si finalmente lo hace. Toda la casa apesta al pescado que hirvió anteayer. O quizá el día anterior a ese, no lo recuerda.

Tampoco importa. Nadie puede conocer el futuro y el pasado es algo inmutable. Así que, ¿para qué preocuparse por cualquiera de las dos cosas? Lo importante es el presente, donde agarra una tercera cerveza y se dirige al salón, sin molestarse en sacar el resto de la compra de la bolsa y olvidando apagar la luz.

Se deja caer en el sofá y enciende la televisión, sintonizada en el último canal que vio la noche anterior. Desanilla la cerveza, bebe un sorbo y, de pronto, rompe a llorar. Es un llanto desconsolado, de lágrimas profusas, que le sacude el vientre y los hombros con suma fuerza. La cerveza le resbala de la mano, repentinamente laxa, rebota en el cojín del sofá y cae al suelo, donde comienza a derramarse. Un prieto nudo en la garganta con el que Luis ha aprendido a convivir se distiende y las lágrimas se vuelven ardientes en sus mejillas. Su agitación se torna convulsiva y Luis nota que el aire que inhala apenas llega a sus pulmones. La sensación es muy desagradable, y el Hombre de Negro se frota con suavidad los larguísimos dedos de sus manos, que tiene enlazados sobre el regazo. Aunque Luis no puede verlo, se encuentra sentado en el sillón del rincón, contemplándolo desde la insondable profundidad de la capucha negra que le cubre la cabeza. No hace ningún otro movimiento. Se limita a esperar. Las esperas siempre le resultan placenteras y, durante estas, nunca le asalta la sensación de estar malgastando el tiempo.

Finalmente, las lágrimas disuelven la angustia atascada en su garganta y Luis comienza a tranquilizarse. Recoge la lata del suelo y la deposita sobre la mesa de centro. Es allí donde dejó los documentos que recibió la semana pasada por correo y donde, por enésima vez, los redescubre ahora. Cada hoja ostenta el membrete de un bufete de abogados, y en ellas Carmen le solicita formalmente el divorcio. Cuando los leyó por primera vez, oyó algo rompiéndose en su interior con un chasquido. Desde entonces, ha tratado de ponerse en contacto con ella un millar de veces, sin suerte. Su —todavía— suegra le dice que no quiere ponerse al teléfono y nunca acude a las citas que le propone. La decisión ya está tomada. Y es inamovible. Se lo contó al contestador automático de su

teléfono hace tres días. E insistió, varias veces, llegando al extremo de pedirselo *por favor*, que firmara los papeles. Cuando escuchó el mensaje, Luis intentó volver a llamarla para pedirle que no le hiciera aquello. Pero se derrumbó y soltó el auricular, que quedó pendiendo del cable, antes de poder presionar la tercera tecla.

—Qué ingrata es la vida, Luis —susurra el Hombre de Negro, y su voz suena con la gravedad de una avalancha de rocas. Permanece sentado en el sillón, en la misma posición que antes, con sus manos, de dedos grandes y delicados, de un blanco nuclear, inertes sobre el regazo —. Un hombre se pasa toda la vida luchando a brazo partido, esforzándose y sufriendo hasta la extenuación por sacar su matrimonio adelante. Da lo mejor de sí sin pedir nada a cambio salvo un poco de comprensión y cariño. Y un buen día comete un error, un *solo* —. Al pronunciar esta palabra, su voz se eleva varias octavas, en un retumbante gruñido gutural — error y todo lo construido queda velado por él. Como si nada de lo anterior hubiera existido.

Luis ha cogido los documentos del divorcio y los sostiene ahora ante sí, mirándolos sin verlos debido a las lágrimas que le anegan los ojos. No puede ser cierto. No puede creer que Carmen, *su* Carmen, quiera abandonarlo. Esos papeles que sostiene en la mano no son reales. No pueden serlo. Seguro que forman parte de una horrenda y vívida pesadilla. La más aterradora que ha sufrido nunca; pero en cualquier momento despertará y todo habrá acabado.

Sí, eso es exactamente lo que sucederá...

Lo cree así hasta que la realidad se impone y reduce a añicos su esperanza.

—Carmen —masculla con voz pastosa, mirándolos como si pudiera ver reflejado su rostro en ellos.

Los mocos le resbalan por la nariz y se le meten en la boca, pero Luis apenas percibe su sabor salado. A esas alturas, las lágrimas han convertido su rostro en una brillante máscara traslúcida.

Apretujados en su mano izquierda, reducidos a una enorme y desmadejada flor de papel, levanta el auricular del teléfono con la diestra

y marca su número. Oye la señal de llamada. Y sigue escuchándola veinte segundos después, treinta, cuarenta y cinco... Si, para entonces, Carmen hubiera descolgado se habría encontrado con un hombre dominado por un llanto tan colosal que no es capaz de pronunciar una sola palabra.

Pero no lo hace, ni tampoco después, y Luis deposita el auricular sobre la horquilla con tanto cuidado como si fuera una bomba activada.

—Luchas, luchas, luchas. ¿Y qué obtienes? —susurra el Hombre de Negro —. Ningún hombre merece pasar por esto. Y menos un hombre bueno como tú, Luis. Todos lo creerían así, si se detuvieran a pensarlo un instante —. Hace una pausa para coger aire y su respiración suena como el rugido de un león enjaulado —. Pero no les importa. El mundo es indiferente al tormento de uno de sus congéneres. ¡Es el mal endémico del ser humano! Su individualidad fragmenta el poder de la raza y sólo cuando sufre se lamenta por su desamparo.

El Hombre de Negro se pone en pie y se acerca a Luis, con la larga túnica negra agitándose en torno suyo. Su envergadura hace que la parte alta de su cabeza roce el techo del salón. Luis ha echado la suya hacia atrás y la mantiene apoyada en el respaldo cuando el Hombre de Negro se detiene ante él. La contundencia del llanto propicia que, súbitamente, note un aguijonazo de dolor un poco por encima del esternón. Pero, lejos de desaparecer, comienza a treparle hasta el hombro izquierdo. Como las ondas que se forman en un lago al arrojar una piedra. En cuanto a sensaciones desagradables, esta acaba de batir un nuevo record. Luis evoca la imagen de una gota de ácido bullendo sobre una plancha de acero.

—Tú no mereces vivir así, Luis. No lo mereces —dice el Hombre de Negro, y hunde los finísimos dedos, afilados como agujas, bajo el pectoral izquierdo de Luis, abriéndose paso a través de los músculos con la facilidad con que lo haría por un bloque de mantequilla caliente —. Pero yo tengo lo que necesitas. Yo puedo ayudarte a recobrar el sosiego.

Los cierra en torno a su corazón, que se agita convulsivamente, como un pequeño pájaro asustado, y lo detiene.

De pronto, el dolor se vuelve tan intenso que Luis queda rígido y todo su cuerpo se contrae. Mediante un terrible esfuerzo logra llevarse una mano al pecho, pero las escasas fuerzas que aún conserva solo le permiten apoyarla en él. No nota el contacto del Hombre de Negro, cuyo pálido brazo ha desaparecido en su interior hasta la muñeca. Y, de pronto, a solas en aquel salón, con el suelo manchado de cerveza y los arrugados papeles del divorcio olvidados en el cojín contiguo del sofá, todo cuanto puede oír es la espeluznante ausencia de latidos en su corazón.

—Tranquilo, amigo mío —le pide el Hombre de Negro cuando el cuerpo de Luis comienza a sacudirse en espasmos—. Muy pronto todos tus problemas quedarán atrás y nada volverá a tener importancia. Créeme. Sé bien de lo que hablo. Lo sé mejor que nadie.

—FIN—

*****¡Gracias por descargarlo y leerlo! ¡Espero que te haya gustado!**

*****Si te has quedado con ganas de más puedes leer GRATIS las primeras páginas de mi e-book "El sendero del horror" en este enlace:**

http://entrelasescombros.wordpress.com/httpwww-amazon-comsendero-horror-edici%C3%B3n-revisada-spanish-ebookdp00amgc672refsr_1_1ieutf8qid1402424176sr8-1keywordselsenderodelhorror/

*****O adquirirlo, por sólo 0'89 €, uno de estos enlaces (si ya lo has hecho, te agradecería que dejaras una puntuación y un comentario):**

http://www.amazon.es/gp/product/B00AMGC672/ref=s9_simh_gw_p351_d3_i1?pf_rd_m=A1AT7YVPFBWXBL&pf_rd_s=center-2&pf_rd_r=1Q6JC96N4VS949GZRXDC&pf_rd_t=101&pf_rd_p=455357367&pf_rd_i=602357031

http://www.amazon.com/El-sendero-del-horror-Spanish-ebook/dp/B00AMGC672/ref=sr_1_1?s=digital-text&ie=UTF8&qid=1390844849&sr=1-1&keywords=el+sendero+del+horror

*****También te invito a visitar los enlaces relacionados con [MJR Agencia Literaria](#), la agencia que me representa.**

Este es mi espacio: <http://mjr-agencialiteraria.com/autores/javier-nunez/>

<http://mjr-agencialiteraria.com/quienes-somos/>

<http://mjr-agencialiteraria.com/servicios/>